

LA ALEGRÍA DE CRISTO RESUCITADO

La Cuarta Semana de los Ejercicios Espirituales

Resumen. La gracia de la Cuarta Semana llega sólo cuando el ejercitante sale de sí mismo y se identifica con Jesús. Esta identidad comienza con la compasión de la Tercera Semana, pero la alegría totalmente desinteresada de la Cuarta Semana es el reflejo de la compasión totalmente desinteresada de la Tercera. Entre los obstáculos para la realización de esta alegría está la fatiga del ejercitante y el cambio rápido del contenido emocional. El director puede ayudar, así como puede ayudar la consideración de la experiencia de los discípulos de Jesús. Pero no se entra en la alegría de Cristo sino con la oración de unión. Esta unión implica la unión de la voluntad (es decir, el deseo efectivo) y de este modo confirma la elección. Cristo "ha donado su espíritu" a la Iglesia, el espíritu de consolación, que funda la alegría de pensar y de sentir con la Iglesia.

Hay muchos puntos de entrada en el misterio pascual y muchas maneras de apropiarse de él personalmente y, por supuesto, comunitariamente. El modo más privilegiado es la celebración que la Iglesia hace anualmente del Triduo Sacro, preparado por el período litúrgico de cuaresma. En los *Ejercicios Espirituales* la Tercera y Cuarta Semanas corresponden a este Triduo, y la Primera y la Segunda al período cuaresmal, con los elementos de purificación y de iluminación, la renovación del compromiso cristiano y algunas veces incluso los propósitos o lo que Ignacio llama "enmendar y reformar la propia vida y estado" (EE 189). Y del mismo modo que no se entra en el Triduo Pascual sin pasar por la

cuaresma, no se entra en la Tercera y Cuarta Semana, sin atravesar todo lo que las precede en la dinámica de los Ejercicios Espirituales.

En el ejercicio central del Reino, Cristo llama a todos los seres humanos a cada uno en particular llama y dice: ... quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque, siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria [EE 95].

Esta presentación tan simple y tan gráfica permite a Ignacio indicar de antemano dos puntos importantes. El primero, la unidad del misterio pascual y la continuidad que tienen la Tercera y la Cuarta Semana; el segundo, el movimiento anticipado en el ejercitante hacia un tipo de oración más unitivo. Estos puntos reforzarán las instrucciones de Ignacio para la Cuarta Semana. Por ejemplo, la continuidad se refleja en la metodología ignaciana:

Llevando y teniendo en lo restante la misma forma y manera en toda la semana de la resurrección que se tuvo en toda la semana de la pasión. ... Y así en todo lo que resta se pueda regir por el modo de la semana de la pasión [EE 226].

El cambio de énfasis en la oración (en paralelo y continuidad con la Tercera Semana) está indicado por la naturaleza unitiva de las gracias que se piden: "demandar lo que quiero, y será aquí pedir gracia para me alegrar y gozar intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo nuestro Señor" [EE 221]. Y así como la Tercera Semana es una invitación y una ocasión para permanecer e identificarse con Cristo en sus sufrimientos, la Cuarta es una invitación y una ocasión para permanecer e identificarse con Cristo en la alegría de su resurrección.

El dilema

A primera vista y teóricamente, entrar en la Cuarta Semana parece tan fácil, tan atrayente y tan poco complicado. Cualquiera que haya trabajado a través de la pasión con Cristo, abordará con sentimientos de consuelo y satisfacción, la contemplación de la vida de Cristo resucitado. Entonces, ¿por qué la Cuarta Semana plantea tantos problemas? ¿Cómo es posible que en lugar de una experiencia de exultación espiritual, uno pueda tener una

cuñosa impresión de desinflar? Los directores que conocen este fenómeno ofrecen diversas explicaciones conjeturales. Ninguna de ellas puede ser del todo convincente, pero vale la pena tomarlas en cuenta, ya que pueden iluminar la experiencia de la Cuarta Semana.¹

La hipótesis más sencilla -lo que no es un motivo para descartarla fácilmente-, es que muchos ejercitantes están simplemente demasiado cansados física y psicológicamente para poder recibir en este momento una gracia de alegría profunda. Son constitucionalmente incapaces de realizar este cambio radical -desde el estado de quebranto con Cristo quebrantado hasta el gozo con Cristo gozoso- con la rapidez que parecen pedir los ejercicios y después de un largo período que requiere tanto esfuerzo. Para ciertos ejercitantes, un cambio de este tipo dentro de su experiencia interior pareciera comportar necesariamente una violencia emotiva. La naturaleza no está lista, no está dispuesta a recibir este tipo de gracia.

Este es quizás el ejemplo más claro de un problema más amplio, es decir, cómo una determinada persona, en un nivel humano o psicológico, puede arrostrar una serie de experiencias cognitivas, afectivas y de esfuerzo tan numerosas como las de los Ejercicios Espirituales, en un período relativamente corto de treinta días, más o menos. Esta dificultad explica quizás por qué la experiencia de los Ejercicios completos vividos por algunas personas puede revelarse relativamente superficial, por qué la dinámica completa de los Ejercicios no parecería funcionar para ellos. Por mucho tiempo he sospechado que los ejercitantes del siglo XVI, comenzando por el mismo Ignacio, eran psicológicamente de mayor aguante que sus homólogos de hoy (por lo menos en Occidente).

Otra razón que a veces se da de la decepción que una persona prueba con relación a su oración de la Cuarta Semana, sobre todo si la queja se refiere a su "ordinariedad", es que la alegría de la Resurrección es algo demasiado delicado y discreto, de tal manera que puede fácilmente ser omitida o pasar desapercibida. El ejercitante puede haber exagerado sus expectativas o su intensidad emotiva. Dichas expectativas pueden ser

la unidad del misterio

Pascual y la continuidad

que tienen la Tercera y

la Cuarta Semana

agravadas, si no incluso causadas, por la forma como se expresa Ignacio en el tercer preludio, que cité precedentemente:

Demandar lo que quiero, y será aquí pedir gracia para me alegrar y gozar intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo nuestro Señor [EE 221].

Me parece que el empleo de este adverbio "intensamente" puede ser, para ciertos ejercitantes, engañoso, si no peligroso. Puede inclinar a una cierta concentración sobre la consolación *sensible*, en un momento en el que lo que ofrece Dios puede ser una especie más profunda pero más sutil de consolación espiritual. Dicha concentración sobre lo sensible impide entonces la recepción de lo espiritual.

El papel de un director

¿Qué ayuda puede dar un director? Podría insistir en el hecho que, en cuanto cristianos, vivimos constantemente en un mundo del después-de-la-resurrección, y con todo, no siempre se manifiestan los efectos de la resurrección. Hay que buscarlos dentro de lo que se llama nuestra experiencia "ordinaria". O podría indicar que en los evangelios Cristo resucitado es reconocido por el saludo de paz y sugerir que esta tranquilidad profunda, más que una alegría emotiva profunda puede ser el fruto verdadero de la Cuarta Semana.

Igualmente puede ser útil recordar al ejercitante que todos hemos vivido experiencias de muerte (con nuestros padres, parientes, amigos, compañeros), así como de sufrimientos y de memas personales. Y, finalmente, teniendo en cuenta que no hemos muerto, estas experiencias hacen muy accesible la oración de la Tercera Semana. Sin embargo, jamás hemos experimentado la resurrección en su sentido plenamente escatológico, como Jesús lo ha hecho. Para esto debemos esperar nuestro pasaje irreversible: a través de la muerte. Es verdad que tenemos algunas "indicios" de la resurrección; hemos sido impresionados por experiencias de curación, de perdón o de crecimiento en la libertad; hemos sido "elevados" en la esperanza, o hemos celebrado la Eucaristía como una anticipación del banquete eterno. Pero el impacto de las experiencias de la resurrección tiende a perderse, o por lo menos a diluirse, en nuestra cultura seculariza-

da. A menudo la interpretamos en una perspectiva exclusivamente de este mundo, en términos psicológicos.

Lo más importante de todo, y lo que está en el centro de lo que he dicho, es el hecho de que en esta vida la resurrección permanece *una experiencia de fe*. Como cualquier otra experiencia de fe, conlleva un grado indispensable de oscuridad - también a lo largo de los Ejercicios espirituales e incluso mientras se reciben de hecho las gracias de la Cuarta Semana. A este punto, puede existir una dimensión apofática de la oración, que puede tomar a las personas de sorpresa (aunque éstas tengan conocimiento de ella).

La experiencia de los discípulos

Otra explicación relacionaría la experiencia aparentemente insatisfecha de un determinado ejercitante con la experiencia de los discípulos, tal como lo presentaban los evangelios. Con frecuencia se insiste en que no era fácil reconocer a Cristo resucitado, incluso para los que habían vivido cerca de él. Fue confundido por un jardinero, por un extranjero, un viajero, un fantasma. Es el mismo Jesús y, sin embargo, tan diferente. Parece tener continuidad al mismo tiempo que discontinuidad antes y después del Calvario. Esta realidad es desconcertante.

¿Por qué Cristo se ha manifestado tan frecuentemente a sus discípulos? No conviene del todo el antiguo argumento apologetico según el cual lo había hecho para probar que realmente había resucitado. Para probar que estaba vivo, hubiera bastado una manifestación inequívoca. La multiplicidad de sus

apariciones era necesaria porque sus discípulos debían acostumbrarse a su nueva manera de estar presente en medio de ellos. Sencillamente no era ya el hombre que los había atraído como compañeros y fascinado por su personalidad y enseñanza. No podían tener con él el estilo de vida fácil, informal, que habían adoptado mientras viajaban, trabajaban, conversaban o descansaban con él durante su vida pública. Había sido una vida compartida, pero ahora ellos no la compartían ya del mismo modo. ¡Parece que va y viene! El

*sus discípulos debían
acostumbrarse a su
nueva manera de estar
presente en medio de ellos*

Jesús de los primeros tiempos se ha "transformado" en el Cristo, su Señor y su Dios. De allí las reacciones de desconcierto, vacilación, a veces incredulidad, de los discípulos, que los evangelios parece que hacen todo lo posible por poner de relieve.

Algo parecido puede suceder al ejercitante durante la Cuarta Semana. Puede percibir algo vago, irreal, a propósito de la figura de Cristo, en comparación con la de las semanas precedentes. No impacta tan vivamente la imaginación y a través de la imaginación toda la conciencia del ejercitante. Lo deja turbado, inquieto, desalentado, burlado. ¿Es ésta la Resurrección? ¿Es éste el punto más alto de los *Ejercicios Espirituales*? ¿Acaso Cristo se ha convertido en menos real en lugar de más real? Al igual que las mujeres y los hombres cercanos a Jesús, el ejercitante puede tener necesidad de algún tiempo para acostumbrarse a su nuevo modo de estar presente en su vida. Puede tener necesidad de paciencia hasta que sus viejas, demasiado humanas expectativas, se purifiquen y así pueda acceder a un nivel de fe más profundo. Quizás las palabras enigmáticas de Jesús a María Magdalena comienzan a asumir algún significado: "No me toques, porque todavía no he subido a mi Padre" (Jn 20, 17).

Una alegría desinteresada

Se debe mencionar otra dificultad que nuevamente puede sorprender a muchas personas. Es la dificultad de estar con alguien en la alegría y el bienestar. La mayor parte de los ejercitantes esperan, naturalmente, que sea más fácil compartir la alegría de Cristo resucitado que compartir su pasión, pero no siempre es así. Quizás tengamos necesidad de reflexionar sobre esta cuestión en el contexto de nuestra vida de todos los días. ¿Cómo encontramos la experiencia de acompañar a un miembro de la familia o un amigo en su experiencia de alegría?

Una reacción inicial de gozo a propósito de un éxito, de la realización del otro es una cosa; acompañarle en su bienestar y en su alegría es otra cosa. Parece que existe una cierta perversidad en la naturaleza humana que puede hacerlo difícil, por lo menos para algunas personas. ¿Es que no nos sentimos tan necesarios en la alegría de una persona como en su pena? Si es así, ¿plantea ello ciertas cuestiones incómodas sobre la motivación de

nuestras relaciones? Acompañamos a otros porque necesitamos sentirnos necesarios indispensables, y si no experimentamos este tipo de satisfacción el acompañamiento resulta aburrido? Y entonces -nos atrevemos a decirlo- ¿existe la posibilidad de envidia al comparar la gran alegría de nuestro amigo con nuestra experiencia personal de las penas e injusticias de la vida?

La gracia que se pide en la Cuarta Semana no es un tipo de alegría cualquiera sino especial, que consiste en gozarse de la alegría de otro. No es, por lo tanto, la alegría de darme cuenta que Cristo ha resucitado, puesto que yo también resucitaré. O que mi redención está definitivamente sellada. Esta alegría puede ciertamente experimentarse y por cierto la esperamos, pero no es ésta la gracia que Ignacio sugiere que pidamos. Es más bien *la alegría totalmente desinteresada que es el reflejo exacto de la compasión totalmente desinteresada* que se pide en la Tercera Semana.

Esta gracia de la Cuarta Semana es una continuación del "movimiento fuera de sí" y del tomar "sobre uno mismo" lo que se ha pedido durante la oración sobre la Pasión.

El movimiento fuera de sí comporta un desprendimiento radical, un desposeimiento y una descentralización de sí mismo en vistas de ser para y con el otro. Este es el aspecto negativo del proceso. El tomar sobre sí mismo (de la realidad de la otra persona) es el aspecto positivo. Del mismo modo que la gracia de la Cuarta Semana comporta el mismo movimiento fuera de sí de la Tercera, puede tropezar con las mismas dificultades y provocar las mismas resistencias. Es tentador considerar la compasión de la Tercera Semana y la alegría de la Cuarta como opuestas. Pero en realidad, son experiencias de gracia de un mismo movimiento fuera de sí y el mismo tomar sobre sí de otra persona - pero en *circunstancias desemejantes*. Por consiguiente, la diferencia está en las circunstancias de Cristo, muerto o resucitado, y no en el movimiento del ejercitante fuera de él mismo.

Parece deducirse que cuanto más una persona ha entrado en la oración sobre la pasión, más probabilidad tiene de recibir lo que pide en

la alegría totalmente desinteresada es el reflejo exacto de la compasión totalmente desinteresada.

la Cuarta Semana. Esta es una aplicación de un principio más general. Del mismo modo que los Ejercicios Espirituales tratan de arrastrar al ejercitante a una *dinámica*, y no a una serie de meditaciones o contemplaciones aisladas, el nivel o profundidad en que experimenta cualquier parte de dicha dinámica está normalmente relacionada al nivel al que ha experimentado las partes precedentes. Así, por ejemplo, el nivel de respuesta al llamamiento del Rey dependerá de la profundidad de gratitud hacia Cristo que le viene de la experiencia de ser un pecador perdonado durante la Primera Semana.

Me doy cuenta que he hablado mucho sobre las dificultades que percibo en la Cuarta Semana y que otros directores (y ejercitantes) quizás no encuentren tan problemáticas. De todos modos, antes de dejar estas dificultades, me gustaría añadir la siguiente consideración. Ignacio ofrece una justificación un tanto rebuscada para hacer la primera contemplación de la Cuarta Semana sobre la aparición de Cristo resucitado a nuestra Señora [EE 299], aunque esta escena no se encuentra en los Evangelios. Me pregunto si quizás el verdadero motivo sea precisamente su conciencia de la dificultad de experimentar esta alegría desinteresada de la que estamos hablando. Puede haber reconocido la relativa rareza de esta alegría en nuestra vida ordinaria. Sin embargo, para la mayor parte de las personas la capacidad de una madre de hacer suya la alegría de su hijo es el arquetipo de esta experiencia. Entonces, Ignacio invita al ejercitante a comenzar la Cuarta Semana contemplando a María y a su Hijo. Desea que la persona se vuelva consciente de la naturaleza y calidad de la alegría de María, para estar con ella, de tal manera que ella lo lleve hacia una experiencia de este tipo. En esta escena, María nos da un modelo de alegría desinteresada. Existe aquí una continuidad en la manera en la que el papel de María crece en importancia hacia el final de la Pasión, cuando surge como la que compadece auténticamente. María puede percibir la alegría desinteresada, precisamente porque ha hecho la experiencia de la compasión desinteresada.

La divinidad se manifiesta

Volvamos ahora a los otros dos puntos que Ignacio sugiere para la Cuarta Semana. El primero:

Considerar cómo la divinidad, que parecía esconderse en la pasión, parece y se muestra ahora tan miraculosamente en la santísima resurrección, por los verdaderos y santísimos efectos della [EE 223].

El centro de la atención es claramente Cristo, cuya divinidad en cierto sentido "atravesada" su humanidad y se hace más fácilmente reconocible. Por lo tanto, no brilla como en el Tabor ni hay una teofanía espectacular. Como hemos visto, a los ojos de los discípulos, había algo de sutil, diferente, intrigante, algo misterioso, en el cuerpo resucitado de Cristo. Y la teología posterior estudiará la naturaleza y cualidades de este fenómeno. Pero ni los Evangelios ni Ignacio insisten exclusivamente en este fenómeno. Existen otros "verdaderos y santos efectos" de igual importancia si no superiores. Estos eran los cambios que se habían verificado en los discípulos mismos: su pena que se transforma en alegría, su abatimiento que se vuelve osadía, su duda que se convierte en fe. Por eso en una nota suplementaria añadida a la de Ignacio se puede leer: "Nótese cómo la fe de los discípulos, que había sido resquebrajada por los sucesos de la Pasión, ahora ha sido restaurada, purificada y profundizada por esta serie de encuentros con Cristo resucitado".

Concentrarse demasiado, en el contexto de los Ejercicios, en la naturaleza y cualidades del cuerpo resucitado de Cristo puede llevar al ejercitante a especulaciones teológicas inútiles, mientras que concentrarse sobre las nuevas relaciones de Cristo resucitado con sus discípulos conduce más fácilmente a un encuentro de fe personal. No obstante, estos dos efectos de la Resurrección pueden ser unidos considerando el acontecimiento de la Pascua como manifestación de la Nueva Creación - que Dios ha dado en la vida, *tanto en el cuerpo resucitado de su Hijo como en el corazón de los discípulos*.

El oficio de consolador

El segundo punto es más simple:

Mirar el oficio de consolar, que Cristo nuestro Señor trae, y comparando cómo unos amigos suelen consolar a otros [EE 224].

Si bien existen diferencias entre la manera como los discípulos han hecho la experiencia de Jesús durante su vida pública y después de la resurrección, existe un vínculo permanente, una continuidad de relación. En la última Cena, Jesús había dicho:

Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer (Jn 15, 13-15).

La categoría de amigos reemplaza no solamente a la de los servidores sino incluso la de los discípulos, e Ignacio trabaja ahora en esta categoría.

El Cristo resucitado de los evangelios encuentra siempre a sus discípulos, sus amigos, en situaciones de distracción, de pena o de confusión. Como su alegría resucitada está ahora llena de consuelo, Cristo da libremente a estos amigos el consuelo que les hace falta. Como dirá Ignacio en la Contemplación para alcanzar amor, "el amor consiste en comunicación de las dos partes; es a saber, en dar y comunicar el amante al amado lo que tiene o de lo que tiene o puede..." [EE 231]. Nos hemos hecho conscientes de este don, de esta comunicación y de la consiguiente transformación que se verifica en los discípulos (ver más abajo) en todos los relatos de las apariciones - quizás más vivamente en la historia de Cleofás y de su compañero en el camino de Emaús.

pasión...

Pero la Cuarta Semana no trata solamente de los discípulos o de los ejercitantes que son consolados por Cristo resucitado. Si las gracias que el ejercitante recibe son verdaderamente unitivas, entonces éste se hace uno con Cristo consolador. No es sólo un beneficiario del consuelo sino que a su vez es un instrumento de consuelo. En realidad, la invitación es a permitir que el consuelo de Cristo se transmita a los demás a través de uno. Esta invitación se puede justamente llamar una misión. El ejercitante es enviado al mundo para que por su mediación y la consolación que ofrece otros puedan encontrar a Cristo resucitado. Se podría adaptar el relato del lavatorio de los pies durante la Última Cena cuando Jesús dijo:

Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros. Os he dejado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros (Jn 13, 14-15).

En un contexto de Cuarta Semana, este texto se podría leer:

Si yo, vuestro amigo, os he dado la consolación de mi alegría de resucitado, vosotros debéis comunicar esta misma alegría a los demás. Os he dejado ejemplo para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros.

¿Será entonces posible que algunas dificultades de la Cuarta Semana se conviertan en un deseo parcial en algún ejercitante, "de ser consolados más que que de consolar", de ser beneficiarios de la consolación de Cristo más que instrumentos de la consolación de los demás?

Confirmación de la elección

Si se reconoce que existe una continuidad entre la Tercera y la Cuarta Semana, entonces será claro que existe una confirmación de la elección en las meditaciones de la Resurrección, como sucedió en las de la pasión. La elección (en su pleno sentido) no es sino un buen propósito o una renovación de vida: es el máximo de la libertad, del compromiso y de la decisión, donde el ejercitante asume su deseo de vivir la voluntad de Dios completamente, y donde incorpora o encarna este deseo en la realidad concreta de un estilo de vida. El deseo, se podría decir, es espíritu. Pero en nuestro mundo humano, el espíritu tiene necesidad de ser encarnado, tiene necesidad de tomar un cuerpo, y el cuerpo es el elemento concreto de una decisión que involucrará a toda la persona.

Lo que conocemos como la Agonía del Huerto, se puede interpretar como el arquetipo de un escenario de discernimiento, durante el cual Jesús reconoce que su deseo de hacer la voluntad de su Padre se debe hacer concreto, incorporado, encarnado en la aceptación y en el viaje a través de

... *en una situación
semejante después de
una elección*

la pasión. Jesús y el ejercitante entran ambos en la pasión en una situación semejante (después de una elección). Se podría ir más lejos diciendo que la experiencia de la pasión es una confirmación de la elección del ejercitante precisamente porque, de la misma manera, es como la confirmación de la elección de Jesús. Se sigue que la confirmación se produce en la medida en que la oración del ejercitante es unitiva.² ¡Pero la confirmación definitiva de la elección de Jesús fue la Resurrección! Así pues, si la oración del ejercitante sigue siendo unitiva, tendrá también la experiencia de que su elección ha sido confirmada gracias a la Cuarta Semana.

Experiencia de la elección es como la afirmación de la elección de Jesús

Además, del mismo modo que la Encarnación de Cristo no se termina con su muerte, sino que de hecho espera una plenitud más grande en su Resurrección y su exaltación, así sucede con el ejercitante. La persona que comparte la alegría de la Resurrección de Cristo y en cierto sentido resucita con él en la Cuarta Semana es la misma que ha sido formada y modelada por la elección. Si la pasión tiene su manera dolorosa de convalidar esta elección, la Resurrección tiene su manera gozosa de hacer lo mismo.

Aun en su acostumbrado lugar de la Segunda Semana, la elección posee su propia dinámica unitiva porque la voluntad de Dios y la voluntad del ejercitante se hacen una - no simplemente de una manera general, sino concretizada en esta decisión radical particular. Esta unión de voluntades se continúa ulteriormente en la Tercera y Cuarta Semana, en la medida en que el ejercitante continúa queriendo la misma cosa que Dios y Cristo, en la pena como en la alegría. (Vale la pena subrayar que la palabra *voluntad* no denota la voluntad como tal, sino más bien el *deseo efectivo*). Esta unión de voluntades -el deseo efectivo de Dios que se convierte en nuestro deseo efectivo- está en el centro de la mística.

El Espíritu Santo y la Iglesia

Pentecostés (en su forma lucana de los Hechos) no es un misterio que se proponga a la contemplación en el texto de los *Ejercicios Espirituales*.

Con todo, no sería inapropiado prestar atención a la presencia del Espíritu Santo con Cristo resucitado y en la comunidad cristiana que se está formando. La ocasión se presenta en el tercer punto de la sexta aparición donde Ignacio escribe:

Dales el Espíritu Sancto diciéndoles: "Recibid el Espíritu Sancto, a aquellos que perdonáredes los peccados, les serán perdonados" [EE 304].

El Evangelio de Juan que Ignacio cita aquí (20,20-23) ha siempre hablado de Pentecostés con la expresión enigmática que describe la muerte de Jesús: "entregó su espíritu" (Jn 19, 30): Entrega el espíritu: ¿a quién? ¿a su Padre? Ciertamente. ¡Pero también a nosotros! A sus amigos. Más tarde, en la escena de después de la Resurrección en el Cenáculo (ver más abajo), Juan sitúa Pentecostés en el contexto de una aparición de Cristo resucitado. El Espíritu Santo es el espíritu del Señor resucitado que lo puede comunicar a quien quiere.

Se podría hacer notar al ejercitante que el oficio de consolador que Ignacio atribuye a Cristo resucitado, el Nuevo Testamento y la tradición lo atribuyen al Espíritu Santo: *Consolator optime, dulcis hospes animae*.

Finalmente, ¿no se podría relacionar todo esto con alguna referencia a las "Reglas para sentir con la Iglesia" [EE 352-370] de Ignacio? La Iglesia, después de todo, es un misterio que huende sus raíces en la vida de la Trinidad, una comunidad que refleja de un modo real, aunque indecudado, la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu. Si es verdad que algunas de estas reglas ignacianas se deben cambiar debido a la situación histórica actual, esto no se puede aplicar a la parte en que se lee:

creyendo que entre Christo nuestro Señor, esposo, y la Iglesia su esposa, es el mismo Espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras ánimas [EE 365].

Muchos de estos misterios que Ignacio sugiere para la contemplación durante la Cuarta Semana tratan de la fundación y de la constitución por Cristo de su Iglesia. Una vez terminados los ejercicios, el ejercitante continuará encontrando a Cristo resucitado dentro de la vida de esa Iglesia. La presencia y la actividad de Cristo serán transmitidas al ejercitante mediante la palabra y los sacramentos. Por tanto debe ser capaz de reconocer la continuidad que existe entre Cristo, del que ha hecho experiencia a lo largo de los Ejercicios Espirituales y el Cristo cuyo cuerpo es la Iglesia. Este reconocimiento no tiene lugar sino bajo la iluminación del Espíritu Santo. La Iglesia peregrina es la comunidad dentro de la cual se continúa la propia peregrinación personal del ejercitante hacia el Padre.³

NOTAS

1. Mi experiencia de los Ejercicios completos se desarrolla casi exclusivamente bajo la forma de treinta días, más que bajo la forma de los Ejercicios en la vida diaria. Algunas de las dificultades a las que me referiré han surgido más explícitamente de la experiencia de treinta días, aunque supongo que algo semejante puede producirse con la Anotación 19. Otras dificultades son comunes tanto a una como a otra forma. Un intercambio entre directores de cada una de estas formas de dar los Ejercicios es siempre apreciable.
2. Seguimos aquí la enseñanza tradicional según la cual la Tercera Semana confirma la elección, entendiéndola de un modo muy diferente del que lo hace el Directorio oficial [204].
3. La Contemplación para Alcanzar Amor se sitúa bajo el esquema de Cuatro Semanas. Sin embargo, ésta no es la razón para omitirla aquí, sino que no sería justo tratarla brevemente al final de un artículo largo.

LA ALEGRÍA DE CRISTO RESUCITADO

La Cuarta Semana de los Ejercicios Espirituales

Resumen. La gracia de la Cuarta Semana llega solo cuando el ejercitante sale de sí mismo y se identifica con Jesús. Esta identidad comienza con la compasión de la Tercera Semana, pero la alegría totalmente desinteresada de la Cuarta Semana es el reflejo de la compasión totalmente desinteresada de la Tercera. Entre los obstáculos para la realización de esta alegría está la fatiga del ejercitante y el cambio rápido del contenido emocional. El director puede ayudar, así como puede ayudar la consideración de la experiencia de los discípulos de Jesús. Pero no se entra en la alegría de Cristo sino con la oración de unión. Esta unión implica la unión de la voluntad (es decir, el deseo efectivo) y de este modo confirma la elección. Cristo "ha donado su espíritu" a la Iglesia, el espíritu de consolación, que funda la alegría de pensar y de sentir con la Iglesia.

HAY muchos puntos de entrada en el misterio pascual y muchas maneras de apropiarse de él personalmente y, por supuesto, comunitariamente. El modo más privilegiado es la celebración que la Iglesia hace anualmente del Triduo Sacro, preparado por el período litúrgico de cuaresma. En los *Ejercicios Espirituales* la Tercera y Cuarta Semanas corresponden a este Triduo, y la Primera y la Segunda al período cuaresmal, con los elementos de purificación y de iluminación, la renovación del compromiso cristiano y algunas veces incluso los propósitos o lo que Ignacio llama "enmendar y reformar la propia vida y estado" (EEF 189). Y del mismo modo que no se entra en el Triduo Pascual sin pasar por la

cuarecena, no se entra en la Tercera y Cuarta Semana, sin atravesar todo lo que las precede en la dinámica de los Ejercicios Espirituales.

En el ejercicio central del Reino, Cristo llama a todos los seres humanos a cada uno en particular llama y dice: ...quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque, siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria [EE 95].

Esta presentación tan simple y tan gráfica permite a Ignacio indicar de antemano dos puntos importantes. El primero, la unidad del misterio pascual y la continuidad que tienen la Tercera y la Cuarta Semana; el segundo, el movimiento anticipado en el ejercitante hacia un tipo de oración más unitivo. Estos puntos reforzarán las instrucciones de Ignacio para la Cuarta Semana. Por ejemplo, la continuidad se refleja en la metodología ignaciana:

Llevando y teniendo en lo restante la misma forma y manera en toda la semana de la resurrección que se tuvo en toda la semana de la pasión... Y así en todo lo que resta se pueda regir por el modo de la semana de la pasión [EE 226].

El cambio de énfasis en la oración (en paralelo y continuidad con la Tercera Semana) está indicado por la naturaleza unitiva de las gracias que se piden: "demandar lo que quiero, y será aquí pedir gracia para me alegrar y gozar intensamente de tanta gloria y gozo de Christo nuestro Señor" [EE 221]. Y así como la Tercera Semana es una invitación y una ocasión para permanecer e identificarse con Cristo en sus sufrimientos, la Cuarta es una invitación y una ocasión para permanecer e identificarse con Cristo en la alegría de su resurrección.

El dilema

A primera vista y teóricamente, entrar en la Cuarta Semana parece tan fácil, tan atrayente y tan poco complicado. Cualquiera que haya trabajado a través de la pasión con Cristo, abordará con sentimientos de consuelo y satisfacción, la contemplación de la vida de Cristo resucitado. Entonces, ¿por qué la Cuarta Semana plantea tantos problemas? ¿Cómo es posible que en lugar de una experiencia de exultación espiritual, uno pueda tener una

curiosa impresión de desinfilé? Los directores que conocen este fenómeno ofrecen diversas explicaciones conjeturales. Ninguna de ellas puede ser del todo convincente, pero vale la pena tomarlas en cuenta, ya que pueden iluminar la experiencia de la Cuarta Semana.¹

La hipótesis más sencilla -lo que no es un motivo para descartarla fácilmente-, es que muchos ejercitantes están simplemente demasiado cansados física y psicológicamente para poder recibir en este momento una gracia de alegría profunda. Son constitucionalmente incapaces de realizar este cambio radical -desde el estado de quebranto con Cristo quebrantado hasta el gozo con Cristo gozoso- con la rapidez que parecen pedir los ejercicios y después de un largo período que requiere tanto esfuerzo. Para ciertos ejercitantes, un cambio de este tipo dentro de su experiencia interior pareceña comportar necesariamente una violencia emotiva. La naturaleza no está lista, no está dispuesta a recibir este tipo de gracia.

Este es quizás el ejemplo más claro de una determinada persona, en un nivel humano o psicológico, puede arrostrar una serie de experiencias cognitivas, afectivas y de esfuerzo tan numerosas como las de los Ejercicios Espirituales, en un período relativamente corto de treinta días, más o menos. Esta dificultad explica quizás por qué la experiencia de los Ejercicios completos vividos por algunas personas puede revelarse relativamente superficial, por qué la dinámica completa de los Ejercicios no pareceña funcionar para ellos. Por

mucho tiempo he sospechado que los ejercitantes del siglo XVI, comenzando por el mismo Ignacio, eran psicológicamente de mayor aguante que sus homólogos de hoy (por lo menos en Occidente).

Otra razón que a veces se da de la decepción que una persona prueba con relación a su oración de la Cuarta Semana, sobre todo si la queja se refiere a su "ordinariedad", es que la alegría de la Resurrección es algo demasiado delicado y discreto, de tal manera que puede fácilmente ser omitida o pasar desapercibida. El ejercitante puede haber exagerado sus expectativas o su intensidad emotiva. Dichas expectativas pueden ser

agravadas, si no incluso causadas, por la forma como se expresa Ignacio en el tercer preludio, que cité precedentemente:

Demandar lo que quiero, y será aquí pedir gracia para me alegrar y gozar intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo nuestro Señor [EE 221].

Me parece que el empleo de este adverbio "intensamente" puede ser, para ciertos ejercitantes, engañoso, si no peligroso. Puede incitar a una cierta concentración sobre la consolución *sensible*, en un momento en el que lo que ofrece Dios puede ser una especie más profunda pero más sutil de consolución espiritual. Dicha concentración sobre lo sensible impide entonces la recepción de lo espiritual.

El papel de un director

¿Qué ayuda puede dar un director? Podría insistir en el hecho que, en cuanto cristianos, vivimos constantemente en un mundo del después-de-la-resurrección, y con todo, no siempre se manifiestan los efectos de la resurrección. Hay que buscarlos dentro de lo que se llama nuestra experiencia "ordinaria". O podría indicar que en los evangelios Cristo resucitado es reconocido por el saludo de paz y sugerir que esta tranquilidad profunda, más que una alegría emotiva profunda puede ser el fruto verdadero de la Cuarta Semana.

Igualmente puede ser útil recordar al ejercitante que todos hemos vivido experiencias de muerte (con nuestros padres, parientes, amigos, compañeros), así como de sufrimientos y de menas personales. Y, finalmente, teniendo en cuenta que no hemos muerto, estas experiencias hacen muy accesible la oración de la Tercera Semana. Sin embargo, jamás hemos experimentado la resurrección en su sentido plenamente escatológico, como Jesús lo ha hecho. Para esto debemos esperar nuestro pasaje irrevocable: a través de la muerte. Es verdad que tenemos algunas "indicios" de la resurrección; hemos sido impresionados por experiencias de curación, de perdón o de crecimiento en la libertad; hemos sido "elevados" en la esperanza, o hemos celebrado la Eucaristía como una anticipación del banquete eterno. Pero el impacto de las experiencias de la resurrección tiende a perderse, o por lo menos a diluirse, en nuestra cultura seculariza-

da. A menudo la interpretamos en una perspectiva exclusivamente de este mundo, en términos psicológicos.

Lo más importante de todo, y lo que está en el centro de lo que he dicho, es el hecho de que en esta vida la resurrección permanece *una expertencia de fe*. Como cualquier otra experiencia de fe, conlleva un grado indispensable de obscuridad - también a lo largo de los Ejercicios espirituales e incluso mientras se reciben de hecho las gracias de la Cuarta Semana. A este punto, puede existir una dimensión apofática de la oración, que puede tomar a las personas de sorpresa (aunque éstas tengan conocimiento de ella).

La experiencia de los discípulos

Otra explicación relacionaría la experiencia aparentemente insatisfecha de un determinado ejercitante con la experiencia de los discípulos, tal como lo presentaban los evangelios. Con frecuencia se insiste en que no era fácil reconocer a Cristo resucitado, incluso para los que habían vivido cerca de él. Fue confundido por un jardinero, por un extranjero, un viajero, un fantasma. Es el mismo Jesús y, sin embargo, tan diferente. Parece tener continuidad al mismo tiempo que discontinuidad antes y después del Calvario. Esta realidad es desconcertante.

¿Por qué Cristo se ha manifestado tan frecuentemente a sus discípulos? No conviene del todo el antiguo argumento apologetico según el cual lo habría hecho para probar que realmente había resucitado. Para probar que estaba vivo, hubiera bastado una manifestación inequívoca. La multiplicidad de sus

apariciones era necesaria porque sus discípulos debían acostumbrarse a su nueva manera de estar presente en medio de ellos. Sencillamente no era ya el hombre que los había atraído como compañeros y fascinado por su personalidad y enseñanza. No podían tener con él el estilo de vida fácil, informal, que habían adoptado mientras viajaban, trabajaban, conversaban o descansaban con él durante su vida pública. Había sido una vida compartida, pero ahora ellos no la compartían ya del mismo modo. ¡Parece que va y viene! El

*sus discípulos debían
acostumbrarse a su
nueva manera de estar
presente en medio de ellos*

Jesús de los primeros tiempos se ha "transformado" en el Cristo, su Señor y su Dios. De allí las reacciones de desconcierto, vacilación, a veces incredulidad, de los discípulos, que los evangelios parece que hacen todo lo posible por poner de relieve.

Algo parecido puede suceder al ejercitante durante la Cuarta Semana. Puede percibir algo vago, irreal, a propósito de la figura de Cristo, en comparación con la de las semanas precedentes. No impacta tan vivamente la imaginación y a través de la imaginación toda la conciencia del ejercitante. Lo deja turbado, inquieto, desalentado, burlado. ¿Es ésta la Resurrección? ¿Es éste el punto más alto de los *Ejercicios Espirituales*? ¿Acaso Cristo se ha convertido en menos real en lugar de más real? Al igual que las mujeres y los hombres cercanos a Jesús, el ejercitante puede tener necesidad de algún tiempo para acostumbrarse a su nuevo modo de estar presente en su vida. Puede tener necesidad de paciencia hasta que sus viejas, demasiado humanas expectativas, se purifiquen y así pueda acceder a un nivel de fe más profundo. Quizás las palabras enigmáticas de Jesús a María Magdalena comienzan a asumir algún significado: "No me toques, porque todavía no he subido a mi Padre" (Jn 20, 17).

Una alegría desinteresada

Se debe mencionar otra dificultad que nuevamente puede sorprender a muchas personas. Es la dificultad de estar con alguien en la alegría y el bienestar. La mayor parte de los ejercitantes esperan, naturalmente, que sea más fácil compartir la alegría de Cristo resucitado que compartir su pasión, pero no siempre es así. Quizás tengamos necesidad de reflexionar sobre esta cuestión en el contexto de nuestra vida de todos los días. ¿Cómo encontramos la experiencia de acompañar a un miembro de la familia o un amigo en su experiencia de alegría?

Una reacción inicial de gozo a propósito de un éxito, de la realización del otro es una cosa; acompañarle en su bienestar y en su alegría es otra cosa. Parece que existe una cierta perversidad en la naturaleza humana que puede hacerlo difícil, por lo menos para algunas personas. ¿Es que no nos sentimos tan necesarios en la alegría de una persona como en su pena? Si es así, ¿plantea ello ciertas cuestiones incómodas sobre la motivación de

nuestras relaciones? ¿Acompañamos a otros porque necesitamos sentirnos necesarios indispensables, y si no experimentamos este tipo de satisfacción el acompañamiento resulta aburrido? Y entonces -nos atrevemos a decirlo- ¿existe la posibilidad de envidia al comparar la gran alegría de nuestro amigo con nuestra experiencia personal de las penas e injusticias de la vida?

La gracia que se pide en la Cuarta Semana no es un tipo de alegría cualquiera sino especial, que consiste en gozarse de la alegría de otro. No es, por lo tanto, la alegría de darme cuenta que Cristo ha resucitado, puesto que yo también resucitaré. O que mi redención está definitivamente sellada. Esta alegría puede ciertamente experimentarse y por cierto la esperamos, pero no es ésta la gracia que Ignacio sugiere que pidamos. Es más bien *la alegría totalmente desinteresada que es el reflejo exacto de la compasión totalmente desinteresada* que se pide en la Tercera Semana.

Esta gracia de la Cuarta Semana es una continuación del "movimiento fuera de sí" y del tomar "sobre uno mismo" lo que se ha pedido durante la oración sobre la Pasión.

El movimiento fuera de sí comporta un desprendimiento radical, un desposeimiento y una descentralización de sí mismo en vistas de ser para y con el otro. Este es el aspecto negativo del proceso. El tomar sobre sí mismo (de la realidad de la otra persona) es el aspecto positivo. Del mismo modo que la gracia de la Cuarta Semana comporta el mismo movimiento fuera de sí de la Tercera, puede tropezar con las mismas dificultades y provocar las mismas resistencias. Es tentador considerar la compasión de la Tercera Semana y la alegría de la Cuarta como opuestas. Pero en realidad, son experiencias de gracia de un mismo movimiento fuera de sí y el mismo tomar sobre sí de otra persona - pero en *circunstancias desemejantes*. Por consiguiente, la diferencia está en las circunstancias de Cristo, muerto o resucitado, y no en el movimiento del ejercitante fuera de él mismo.

Parecería deducirse que cuanto más una persona ha entrado en la oración sobre la pasión, más probabilidad tiene de recibir lo que pide en

la Cuarta Semana. Esta es una aplicación de un principio más general. Del mismo modo que los Ejercicios Espirituales tratan de arrastrar al ejercitante a una *dinámica*, y no a una serie de meditaciones o contemplaciones aisladas, el nivel o profundidad en que experimenta cualquier parte de dicha dinámica está normalmente relacionada al nivel al que ha experimentado las partes precedentes. Así, por ejemplo, el nivel de respuesta al llamamiento del Rey dependerá de la profundidad de gratitud hacia Cristo que le viene de la experiencia de ser un pecador perdonado durante la Primera Semana.

Me doy cuenta que he hablado mucho sobre las dificultades que percibo en la Cuarta Semana y que otros directores (y ejercitantes) quizás no encuentren tan problemáticas. De todos modos, antes de dejar estas dificultades, me gustaría añadir la siguiente consideración. Ignacio ofrece una justificación un tanto rebuscada para hacer la primera contemplación de la Cuarta Semana sobre la aparición de Cristo resucitado a nuestra Señora [EE 299], aunque esta escena no se encuentra en los Evangelios. Me pregunto si quizás el verdadero motivo sea precisamente su conciencia de la dificultad de experimentar esta alegría desinteresada de la que estamos hablando. Puede haber reconocido la relativa rareza de esta alegría en nuestra vida ordinaria. Sin embargo, para la mayor parte de las personas la capacidad de una madre de hacer suya la alegría de su hijo es el arquetipo de esta experiencia. Entonces, Ignacio invita al ejercitante a comenzar la Cuarta Semana contemplando a María y a su Hijo. Desea que la persona se vuelva consciente de la naturaleza y calidad de la alegría de María, para estar con ella, de tal manera que ella lo lleve hacia una experiencia de este tipo. En esta escena, María nos da un modelo de alegría desinteresada. Existe aquí una continuidad en la manera en la que el papel de María crece en importancia hacia el final de la Pasión, cuando surge como la que compadece auténticamente. María puede percibir la alegría desinteresada, precisamente porque ha hecho la experiencia de la compasión desinteresada.

La divinidad se manifiesta

Volvamos ahora a los otros dos puntos que Ignacio sugiere para la Cuarta Semana. El primero:

Considerar cómo la divinidad, que parecía esconderse en la pasión, parece y se muestra ahora tan miraculosamente en la sancción, una resurrección, por los verdaderos y santísimos efectos della [EE 223].

El centro de la atención es claramente Cristo, cuya divinidad en cierto sentido "atravesada" su humanidad y se hace más fácilmente reconocible. Por lo tanto, no brilla como en el Tabor ni hay una teofanía espectacular. Como hemos visto, a los ojos de los discípulos, había algo de sutil, diferente, intrigante, algo misterioso, en el cuerpo resucitado de Cristo, y la teología posterior estudiará la naturaleza y cualidades de este cuerpo. Pero ni los Evangelios ni Ignacio insisten exclusivamente en este fenómeno. Existen otros "verdaderos y santos efectos" de igual importancia si no superiores. Estos eran los cambios que se habían verificado en los discípulos mismos: su pena que se transforma en alegría, su abatimiento que se vuelve osadía, su duda que se convierte en fe. Por eso en una nota suplementaria añadida a la de Ignacio se puede leer: "Nótese cómo la fe de los discípulos, que había sido resquebrajada por los sucesos de la Pasión, ahora ha sido restaurada, purificada y profundizada por esta serie de encuentros con Cristo resucitado".

Concentrarse demasiado, en el contexto de los Ejercicios, en la naturaleza y cualidades del cuerpo resucitado de Cristo puede llevar al ejercitante a especulaciones teológicas inútiles, mientras que concentrarse sobre las nuevas relaciones de Cristo resucitado con sus discípulos conduce más fácilmente a un encuentro de fe personal. No obstante, estos dos efectos de la Resurrección pueden ser unidos considerando el acontecimiento de la Pascua como manifestación de la Nueva Creación - que Dios ha dado en la vida, *tanto en el cuerpo resucitado de su Hijo como en el corazón de los discípulos*.

El oficio de consolador

El segundo punto es más simple:

Mirar el oficio de consolar, que Cristo nuestro Señor trae, y compartiéndolo con unos amigos suelen consolar a otros [EE 224].

Si bien existen diferencias entre la manera como los discípulos han hecho la experiencia de Jesús durante su vida pública y después de la resurrección, existe un vínculo permanente, una continuidad de relación. En la última Cena, Jesús había dicho:

Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer (Jn 15, 13-15).

La categoría de amigos reemplaza no solamente a la de los servidores sino incluso la de los discípulos, e Ignacio trabaja ahora en esta categoría. El Cristo resucitado de los evangelios encuentra siempre a sus discípulos, sus amigos, en situaciones de distracción, de pena o de confusión. Como su alegría resucitada está ahora llena de consuelo, Cristo da libremente a estos amigos el consuelo que les hace falta. Como dirá Ignacio en la Contemplación para alcanzar amor, "el amor consiste en comunicación de las dos partes; es a saber, en dar y comunicar el amante al amado lo que tiene o de lo que tiene o puede..." [EE 231]. Nos hemos hecho conscientes de este don, de esta comunicación y de la consiguiente transformación que se verifica en los discípulos (ver más abajo) en todos los relatos de las apariciones - quizás más vivamente en la historia de Cleofás y de su compañero en el camino de Emaús.

*ús y el ejercitante
tran ambos en la
pasión...*

Pero la Cuarta Semana no trata solamente de los discípulos o de los ejercitantes que son consolados por Cristo resucitado. Si las gracias que el ejercitante recibe son verdaderamente unitivas, entonces éste se hace uno con Cristo consolador. No es sólo un beneficiario del consuelo sino que a su vez es un instrumento de consuelo. En realidad, la invitación es a permitir que el consuelo de Cristo se transmita a los demás a través de uno. Esta invitación se puede justamente llamar una misión. El ejercitante es enviado al mundo para que por su mediación y la consolación que ofrece otros puedan encontrar a Cristo resucitado. Se podría adaptar el relato del lavatorio de los pies durante la Última Cena cuando Jesús dijo:

Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros. Os he dejado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros (Jn 13, 14-15).

En un contexto de Cuarta Semana, este texto se podría leer:

Si yo, vuestro amigo, os he dado la consolación de mi alegría de resucitado, vosotros debéis comunicar esta misma alegría a los demás. Os he dejado ejemplo para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros.

¿Será entonces posible que algunas dificultades de la Cuarta Semana se conviertan en un deseo parcial en algún ejercitante, "de ser consolados más que que de consolar", de ser beneficiarios de la consolación de Cristo más que instrumentos de la consolación de los demás?

Confirmación de la elección

Si se reconoce que existe una continuidad entre la Tercera y la Cuarta Semana, entonces será claro que existe una confirmación de la elección en las meditaciones de la Resurrección, como sucedió en las de la pasión. La elección (en su pleno sentido) no es sino un buen propósito o una renovación de vida: es el máximo de la libertad, del compromiso y de la decisión, donde el ejercitante asume su deseo de vivir la voluntad de Dios completamente, y donde incorpora o encarna este deseo en la realidad concreta de un estilo de vida. El deseo, se podría decir, es espíritu. Pero en nuestro mundo humano, el espíritu tiene necesidad de ser encarnado, tiene necesidad de tomar un cuerpo, y el cuerpo es el elemento concreto de una decisión que involucrará a toda la persona.

Lo que conocemos como la Agonía del Huerto, se puede interpretar como el arquetipo de un escenario de discernimiento, durante el cual Jesús reconoce que su deseo de hacer la voluntad de su Padre se debe hacer concreto, incorporado, encarnado en la aceptación y en el viaje a través de

... en una situación
semejante después de
una elección

la pasión. Jesús y el ejercitante entran ambos en la pasión en una situación semejante (después de una elección). Se podría ir más lejos diciendo que la experiencia de la pasión es una confirmación de la elección del ejercitante precisamente porque, de la misma manera, es como la confirmación de la elección de Jesús. Se sigue que la confirmación se produce *en la medida en que la oración del ejercitante es unitiva*². ¡Pero la confirmación

definitiva de la elección de Jesús fue la Resurrección! Así pues, si la oración del ejercitante sigue siendo unitiva, tendrá también la experiencia de que su elección ha sido confirmada gracias a la Cuarta Semana.

Afirmación de la elección de Jesús

Además, del mismo modo que la Encarnación de Cristo no se termina con su muerte, sino que de hecho espera una plenitud más grande en su Resurrección y su exaltación, así sucede con el ejercitante. La persona que comparte la alegría de la Resurrección de Cristo y en cierto sentido resucita con él en la Cuarta Semana es la misma que ha sido formada y modelada por la elección. Si la pasión tiene su manera dolorosa de convalidar esta elección, la Resurrección tiene su manera gozosa de hacer lo mismo.

Aun en su acostumbrado lugar de la Segunda Semana, la elección posee su propia dinámica unitiva porque la voluntad de Dios y la voluntad del ejercitante se hacen una - no simplemente de una manera general, sino concretizada en esta decisión radical particular. Esta unión de voluntades se continúa ulteriormente en la Tercera y Cuarta Semana, en la medida en que el ejercitante continúa queriendo la misma cosa que Dios y Cristo, en la pena como en la alegría. (Vale la pena subrayar que la palabra *voluntad* no denota la voluntad como tal, sino más bien el *deseo efectivo*). Esta unión de voluntades -el deseo efectivo de Dios que se convierte en nuestro deseo efectivo- está en el centro de la mística.

El Espíritu Santo y la Iglesia

Pentecostés (en su forma lucana de los Hechos) no es un misterio que se proponga a la contemplación en el texto de los *Ejercicios Espirituales*.

Con todo, no sería inapropiado prestar atención a la presencia del Espíritu Santo con Cristo resucitado y en la comunidad cristiana que se está formando. La ocasión se presenta en el tercer punto de la sexta aparición donde Ignacio escribe:

Dales el Espíritu Santo diciéndoles: "Recibid el Espíritu Santo, a aquellos que perdonáredes los pecados, les serán perdonados" [EE 304].

El Evangelio de Juan que Ignacio cita aquí (20,20-23) ha siempre hablado de Pentecostés con la expresión enigmática que describe la muerte de Jesús: "entregó su espíritu" (Jn 19, 30). Entrega el espíritu: ¿a quién? ¿a su Padre? Ciertamente. ¡Pero también a nosotros! A sus amigos. Más tarde, en la escena de después de la Resurrección en el Cenáculo (ver más abajo), Juan sitúa Pentecostés en el contexto de una aparición de Cristo resucitado. El Espíritu Santo es el espíritu del Señor resucitado que lo puede comunicar a quien quiere.

Se podría hacer notar al ejercitante que el oficio de consolador que Ignacio atribuye a Cristo resucitado, el Nuevo Testamento y la tradición lo atribuyen al Espíritu Santo: *Consolator optime, dulcis hospes animae*.

Finalmente, ¿no se podría relacionar todo esto con alguna referencia a las "Reglas para sentir con la Iglesia" [EE 352-370] de Ignacio? La Iglesia, después de todo, es un misterio que hunde sus raíces en la vida de la Trinidad, una comunidad que refleja de un modo real, aunque inadecuado, la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu. Si es verdad que algunas de estas reglas ignacianas se deben cambiar debido a la situación histórica actual, esto no se puede aplicar a la parte en que se lee:

creyendo que entre Christo nuestro Señor, esposo, y la Iglesia su esposa, es el mismo Espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras ánimas [EE 365].

*después de la Resurrección
en el Cenáculo, Juan sitúa
Pentecostés en el contexto
de una aparición de
Cristo resucitado*

Muchos de estos misterios que Ignacio sugiere para la contemplación durante la Cuarta Semana tratan de la fundación y de la constitución por Cristo de su Iglesia. Una vez terminados los ejercicios, el ejercitante continuará encontrando a Cristo resucitado dentro de la vida de esa Iglesia. La presencia y la actividad de Cristo serán transmitidas al ejercitante mediante la palabra y los sacramentos. Por tanto debe ser capaz de reconocer la continuidad que existe entre Cristo, del que ha hecho experiencia a lo largo de los Ejercicios Espirituales y el Cristo cuyo cuerpo es la Iglesia. Este reconocimiento no tiene lugar sino bajo la iluminación del Espíritu Santo. La Iglesia peregrina es la comunidad dentro de la cual se continúa la propia peregrinación personal del ejercitante hacia el Padre.³

NOTAS

1. Mi experiencia de los Ejercicios completos se desarrolla casi exclusivamente bajo la forma de treinta días, más que bajo la forma de los Ejercicios en la vida diaria. Algunas de las dificultades a las que me referiré han surgido más explícitamente de la experiencia de treinta días, aunque supongo que algo semejante puede producirse con la Anotación 19. Otras dificultades son comunes tanto a una como a otra forma. Un intercambio entre directores de cada una de estas formas de dar los Ejercicios es siempre apreciable.
2. Seguimos aquí la enseñanza tradicional según la cual la Tercera Semana confirma la elección, entendiéndola de un modo muy diferente del que lo hace el Directorio oficial [204].
3. La Contemplación para Alcanzar Amor se sitúa bajo el esquema de Cuatro Semanas. Sin embargo, ésta no es la razón para omitirla aquí, sino que no sería justo tratarla brevemente al final de un artículo largo.